

Ortega y Gasset, los toros y la posmodernidad

Francisco Prieto

A partir de la relectura de Ortega y Gasset, Francisco Prieto —autor de Deseo, La inclinación y Felonía entre otras obras—, hace un recuento de las diversas transformaciones por las que ha pasado el arte taurino, desde sus orígenes rituales hasta su actualidad posmoderna.

Para Ignacio Rodríguez Zánate y Eduardo Garza, taurinos fervorosos y lectores de Ortega y Gasset

Releer a José Ortega y Gasset sigue procurando sorpresas. Sorprenden los hallazgos de quien desplegó los poderes de la mente —la intuición y las inteligencias emocional y conceptual— desde la más sólida cultura general y la filología. Con esas armas —hay que recordar que la cultura general comprende la historia de las ideas, la historia a secas y la literatura—, Ortega en vida —y hay que recordar también que murió en 1954— dio no sólo el más preciso diagnóstico que yo conozca de aquellos tiempos, sino que planteó las preguntas fundamentales para los hombres del siglo XXI. Como lo hiciera su contemporáneo Benjamin, nunca descuidó la observación de la cotidianidad de modo que, entre otros asuntos y como español que era, se ocupó de las corridas de toros.

¿Qué nos dice Ortega de las corridas de toros? Pues algo fundamental: que como todas las artes llega, indefectiblemente, al estilismo; el estilismo que anuncia la deshumanización, que reduce el acceso a los especialistas, que preludia la sequedad y la muerte.

Pero Ortega y Gasset es un filósofo y, como tal, hombre de una sola teoría. Para él, las artes, como cualquier otra actividad humana tienen que reinventarse y hacerlo desde lo que ha sido. Así, por ejemplo, el hombre europeo lleva dentro al que fue feudal, luego absolutista, racionalista y mercantilista, liberal y socialista de modo que, aquí y ahora, reinventarse es endemoniadamente difícil pues el repertorio es, por otra parte, limitado. El ser humano está condenado a lidiar con la razón histórica y satisfacer el impulso uliseico del que no puede desprenderse so pena de entrar en estado de coma. Y el caso es que “frente a la razón pura físico-matemática hay una razón narrativa”. Y escribe Ortega:

Para comprender algo humano personal o colectivo es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal cosa y es así porque antes hizo tal otra. La vida sólo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica.



Pablo Picasso, *Toreros y toro a la expectativa*, 1900

De aquí, podríamos concluir los porqués de los fracasos de los sociólogos o de los psicólogos puros: la ciencia busca lo inmóvil y la vida humana, personal o social, está siempre en movimiento de manera que es un gerundio y nunca un participio. Si aceptamos lo anterior, nos damos cuenta fácilmente de que los cambios decisivos de la humanidad son de creencias. Los seres humanos necesitan creer de tal modo que las ideas se deriven de esas creencias. Éstas se traducen en pensamiento, en ideas, y no al revés; el intelecto es, en rigor, impotente frente a los impulsos de la sensibilidad. No es difícil entender por qué —es lo común en los procesos históricos—, hay un punto en que pueblos que han conocido una brillante trayectoria histórica acaban cediendo a la inercia, sumidos en el proceso degenerativo que llamamos decadencia y del cual sólo han salido o por una revolución violenta, radical, o por la invasión de otro pueblo, generalmente, poco cultivado pero pletórico de energía. Este proceso de entrega a la inercia, al no hacer nada, al parasitar el conformismo, lo ha documentado Gunnar Myrdal en su libro *El drama asiático*. Después de todo, la persona se entrega también a la muerte cuando presiente que ha hecho lo que tenía que hacer, cuando se le ha estrechado hasta desaparecer el horizonte vital. Y sucede que la historia de las corridas de toros no es ajena a esto como tampoco las artes. ¿No has reparado, acaso, lector, que las mejores novelas que hoy se componen son radicalmente nihilistas y la gran mayoría son producto de un lánguido esteticismo o son una repetición del universo narrativo de Dumas, de Dickens, de Galdós? ¿Que otras notables producciones novelísticas de aquí y ahora son históricas, precisamente por esa necesidad de atrapar en

movimiento la mismísima razón histórica a fin de despejar el pasado y dejar a los hombres en suerte para la construcción del porvenir? Por lo pronto, no parece casualidad que tres premios Nobel recientes, de una notable fuerza expresiva, me refiero a Kertész, Coetzee y Jelinek parasiten en sus obras una atmósfera opresiva, asfixiante y liberadora en cuanto a que toda verdad de peso es, en principio y desde la raíz, liberadora. Narrar el horror por no haber encontrado la luz sea, acaso, la única vía posible para alcanzar la salud como sólo se puede librar la muerte y salir a la superficie cuando se ha tocado fondo.

Pues bien, para Ortega, el toreo ha sucumbido, como las demás artes, al estilismo. El estilismo traduce una falta de energía que obedece a una carencia de presión. Esa falta de convicción de que las cosas están para cambiarse, esa conciencia de que no se puede ser conservador por la simple razón, como nos enseñara Chesterton de que las cosas, de natural, tienden a podrirse, esa voluntad perversa, en fin, he ahí cuanto anuncia el fin de una época, acaso de un pueblo y, desde luego, de un arte. Y esto en el toreo es particularmente grave. Sucede que los orígenes del toreo remontan hasta los tiempos heroicos de la Reconquista. Tanto los musulmanes como los caballeros cristianos alanceaban toros bravos como una preparación y una ascesis para la guerra. El toreo tiene un origen bélico cuando la guerra tenía un doble sentido lúdico y deportivo sustentado por la defensa de una Fe que condicionaba todos los aspectos de la vida, una Fe fundamental sin la cual la existencia no tendría sentido. Nada, pues, más opuesto a este inicio del siglo XXI, cuando en el “esplendor” de la posmodernidad la cultura se entien-

de de una manera equívoca, cuando todo es ecléctico, pragmático, intercambiable; cuando en todos los terrenos todo tiene el mismo valor y se han roto jerarquías hasta el punto de que la dimensión moral es cuestionada y en no pocos centros de trabajo y de reflexión se ha suprimido el verbo “deber”. Porque lo que se ha cuestionado, en el fondo, es el concepto mismo de naturaleza humana. En suma, nada más opuesto a la posmodernidad que el toreo en sus orígenes. Y todo esto viene a cuento porque es un hecho que, en nuestro país, las plazas de toros están vacías y parece que sólo se llenan cuando hay feria en el pueblo o en la ciudad; cuando esas ferias corresponden a tradiciones añejas de origen religioso, cuando durante un cierto periodo de tiempo ese pueblo o esa ciudad están de fiesta, cuando se vive en ella una especie de carnaval. Y el carnaval, no se olvide, o el equivalente al carnaval, es algo de lo que no ha carecido cultura alguna. Es el tiempo en que todo se permite, en que se vive a contrapelo de la identidad que hombres y mujeres cargan, más o menos pesadamente, el resto del año. En España, empero, como en Portugal, las grandes fechas taurinas están ligadas a esas festividades originantes de ahí que, a diferencia de lo que sucede entre nosotros, no se advierte, en principio, la crisis del espectáculo. Sólo que es importante reparar en lo que sucede en las plazas fuera de esos días o semanas feriados; es necesario reparar, también, en que las plazas, a diferencia de los estadios de

fútbol, no se han hecho más grandes, que los toros, en las grandes urbes, son más reconocidos por sus faenas en lo que atañe al ruedo social que por su identidad misma de lidiadores de reses bravas.

El toreo, como todas las demás artes ha evolucionado. Como todas las demás artes llegó a un punto a partir del cual, ya no puede, propiamente, hablarse de progreso. Si no puede hablarse de un músico superior a Bach, de un dramaturgo superior a Shakespeare o de un novelista más poderoso que Cervantes; si es imposible alcanzar una cima mayor que aquella que en la revelación religiosa alcanzaron, entre otros, el Buda y el Cristo nuestro; si los grandes problemas de la Filosofía quedaron planteados para siempre por Heráclito y Parménides y Platón y Aristóteles, asimismo El Gallo, Joselito, Gaona y Juan Belmonte, sobre todo Juan Belmonte, dejaron constancia que después de ellos habría figuras del mismo valor pero ya no superiores. Claro que, como veremos, en el toreo todo ha sido más lento. En efecto:

A la Reconquista sucedió en España la epopeya de América. Cuando el resto de Europa se debatía en la duda, en una crisis de más de doscientos años, cuando apenas tímidamente se anunciaba el racionalismo, por tanto, la esperanza y la confianza en la ciencia y en el progreso, España se mantenía en guerra. Una guerra en que el hombre medio, o, al menos, un buen número de hombres medios inconformes con su suerte, abrazaron la



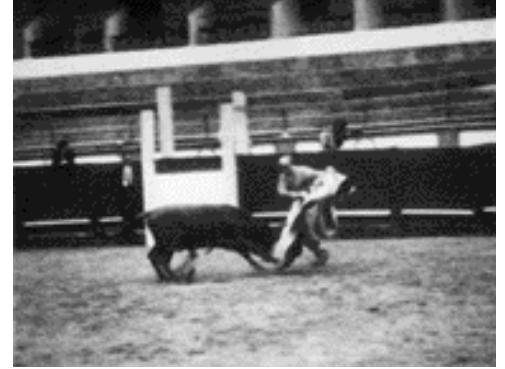
Pablo Picasso, *Escena de corrida*, 1901



Ortega y Gasset en una plaza de toros al quite, ca., 1900



Ortega toreando en la plaza de toros de Azpeitia, Guipuzcoa, 1935



aventura de América que sucedería al restablecimiento de la Cristiandad en la Península Ibérica. En la guerra de las Indias, en medio de no pocos desalmados hubo también una pléyade de seres humanos animados por la Fe, por el espíritu lúdico del aventurero, hombres, que fincados en una confianza sin límites en sí mismos y en el amparo de Dios, lograron algunas de las hazañas mayores que ha registrado la historia de la humanidad. Con la Conquista iría de consuno algo históricamente inédito: se impondría la asimilación del vencido. Mestizajes étnico, lingüístico, de sensibilidades... La brutalidad misma de la Conquista daría lugar a la obra de Francisco de Vitoria, o sea, al nacimiento del Derecho Internacional, a la condena de toda conversión por la fuerza, a la ratificación de los derechos humanos anunciados por el Evangelio, en alguna medida establecidos por el Derecho Romano. En Vitoria se plasma la característica fundamental de la civilización europea, la que origina su larga legitimidad, a saber, la legitimación de la esfera privada, la conciencia de que es necesario preservar a los individuos del dominio del Estado. Si como nos enseñara Ortega para el romano el Estado es el centro mismo de su razón de ser, para el europeo ese Estado debía estar limitado, impedido de a vasallar a la persona considerada ésta como un todo en sí misma. Europa es, en esencia, liberal desde el momento en que cobra conciencia de sí y la cultura europea es, por cierto, anterior a las naciones europeas. Se cuece en la preconciencia del romano-cristianismo, de la meta de cultura universal que propone Pablo de Tarso a partir de la Buena Nueva. Distinguir para unir y construir la unidad a partir y desde la pluralidad. ¡Nada más lejano al despotismo oriental, ése que, por cierto, es tan próximo al de los imperios americanos! Con el cristianismo se

anunció el advenimiento de esa sociedad global que, en rigor, comienza a construirse en el siglo XVI.

El toreo a caballo entroniza, precisamente, la supremacía de la persona. Va ligado al culto a la mujer y, también, a la entronización de la inteligencia como un valor superior. El caballero que dedica la muerte del toro a la dama de sus pensamientos, que pone la vida en riesgo y que en una danza macabra, con la muerte de la bestia, marca la supremacía del ser humano y el triunfo de la vida. Desde aquellos tiempos del Renacimiento, poetas y pintores celebraron las batallas en el ruedo. Vivir tenía sentido enfrentando el peligro, desplegando los propios recursos con la certeza que expresa don Juan: "...y nunca consideré que pudo matarme a mí aquel a quien yo maté". Sin esta voluntad de poder nunca los españoles hubieran transformado a los imperios americanos ni derrotado junto con alemanes e italianos al imperio otomano en la batalla de Lepanto que selló, al menos hasta el siglo XXI, la penetración islámica en Europa. Cuando el individuo se reconoce autónomo, cuando desde sí mismo construye la unidad con los otros, cuando no es un ser sometido al poder del Estado es cuando afirma la alegría de vivir que se resuelve en la sonrisa de la razón.

Pero los tiempos cambiaron. Hubo algo, no obstante, que mantuvo el orden en las sociedades europeas a pesar del nacimiento de las naciones y de la fragmentación de Europa con la existencia de dos poderes y el final del latín como lengua franca. Las rivalidades entre la Iglesia y los Estados llevarían el culto a la diferencia hasta sus últimas consecuencias. El catolicismo es, en esencia, ecuménico y resistió cuanto pudo a los nacionalismos nacientes; lo resistió tanto que terminó impregnándose de ese individualismo que le es connatural y que encar-

¿Qué nos dice Ortega de las corridas de toros?
Pues algo fundamental: que como todas las artes
llega, indefectiblemente, al estilismo.

nó mejor que nadie Martín Lutero. Pero la obra y la vida de Lutero no pasaron en vano y contribuyeron a la purificación de la Iglesia. Después de León X, es decir, después del cisma que partió a Europa en dos, no volvió a la silla de san Pedro ningún otro papa libertino. Ignacio de Loyola, vasco y, por lo mismo, individualista que conoce por ello los límites del individualismo y procura salvaguardar las formas de vida comunitarias de los pueblos —¿no has reparado, lector, en que lo típico del país vasco fue el caserío, que hasta mediados del siglo XIX no hubo entre ellos ciudades importantes, que en los caseríos vascos no hay ninguna casa cercana a otra?—, toma de Lutero la importancia de la lectura, la lucha contra el analfabetismo, la culturización de campesinos y villanos al tiempo que asume la penetración en las universidades para la formación de una élite intelectual sin vacíos mentales como asume la estética jesuítica el horror del vacío en el arte recargadísimo que acompañó a las iglesias de la Compañía de Jesús. El arte barroco extremo de los jesuitas es, también, una respuesta airada contra el puritanismo protestante y una afirmación a ultranza de la vida, lo que iría aunado, y es genialmente paradójico, a recoger las tradiciones populares y consagrarlas en nombre del principio de analogía, del respeto a los que son diferentes, porque lo importante es, siempre, lo esencial. Con razón se murmuraba de lo que se llamó la moral de los jesuitas en el confesionario: pecar contra el sexto mandamiento, si no se humilla ni se fuerza al prójimo, es pecado menos que venial; lo decisivo es el amor de Dios y por él, en él, desde él, el amor al prójimo de modo que el pecado mayor, acaso, viene a ser el pecado de soberbia que niega al otro y al negarlo niega al Tú absoluto, a Dios mismo. El pecado mortal es el pecado contra el primer mandamiento de la ley de Dios.

Y si con Lutero, si al modo de Lutero, Ignacio impulsa la educación de todos en sociedad, propaga las buenas lecturas y la formación intelectual de la mujer, entramos en una sociedad en que, poco a poco, el nivel medio de la sociedad sube de tono. La toma de conciencia de los artistas que les lleva a afirmarse como seres libres, romper con el estamento que los hacía domésticos, en cierto modo posesión de su señor, asimismo en las fiestas taurinas los antiguos siervos, los que andaban a pie en el ruedo comienzan, en un principio casi imperceptiblemente, a

volverse si no protagonistas de inmediato, sí figuras dignas de atención aclamadas en sus quites, en sus discretas participaciones en lo que había sido, por siglos, el festejo de los señores. Como todo este proceso histórico culmina en la Revolución Francesa que corrió por el mundo occidental como reguero de pólvora, no tiene por qué asombrar que la primera escuela de tauromaquia, centrada en el toreo a pie y que obedece a que el toreo ha viajado del cortijo a la plaza pública y que ésta se llena de señores y de plebeyos para admirar a los villanos que lidian las reses cuerpo a cuerpo, con capote, muleta y espada. Y al frente de aquella escuela que se crea por decreto, que firma su mismísima majestad católica, el pusilánime don Fernando VII, de aquella escuela que sienta sus reales en la ciudad de Ronda estará, nada menos y nada más, que Pedro Romero. En torno a aquellos años se sucederán las “tauromaquias” o tratados del bien torear, escritos por figuras del toreo que reflexionan sobre su propio arte, que se ensimisman para hacer teoría, teorías que con no poca frecuencia perfeccionan luego en la praxis el quehacer taurino. Es entonces cuando el toreo se parte en dos, como, por otra parte, se multiplican los partidos en la sociedad porque las sociedades, antes más o menos unitarias, ahora viven partidas, y surgen dos modos radicalmente opuestos de interpretar el toreo que constituyen dos escuelas, la de Ronda y la de Sevilla o del toreo basado en los movimientos de brazos y manos o, por lo contrario, del bien torear andándoles a los toros; el toreo quieto y el toreo en movimiento constante.

Pues bien, a medida que se desarrolla el toreo a pie en el siglo XIX y en los inicios del siglo XX, surgen los toreros diferenciados. Exactamente lo mismo que se dio en las demás bellas artes. Si sólo un melómano, un conocedor puede distinguir a la primera a Vivaldi de Corelli o a Bach de Händel, no se requiere demasiada perspicacia ni concentración para distinguir a Mozart de Beethoven, a Schumann de Schubert, a Bruckner de Mahler... Con poco que se piense lo mismo sucedería en la novela, en el teatro, en la pintura. El toreo conoce el mismo fenómeno. Lo malo es que un arte cada vez más depurado va llevando a la modificación cada vez mayor del toro de lidia, a la manipulación genética para la construcción de un toro en función del esteticismo, con lo que el arte de lidiar reses bravas se distancia más y más de sus



José Ortega y Gasset en una ganadería, 1941



Ortega y Gasset en la finca Navalcaide, 1949

El torero ya no es un héroe y se ha vuelto, simplemente, artista. Lo que se gana en delicadeza y perfección se pierde en intensidad.

orígenes bélicos, de su condición de arte marcial, de riesgo de pérdida de la vida en el combate... El torero ya no es un héroe y se ha vuelto, simplemente, artista. Lo que se gana en delicadeza y perfección se pierde en intensidad. El toreo deja de ser necesario.

Pero hay algo aún más decisivo que está determinando el posible fin de las corridas de toros o, cuando menos, su confinamiento a una actividad marginal que convoca, asiduamente, sólo a unos pocos. Ese factor fatal para la Fiesta es que el toreo se origina y se desarrolla en una sociedad donde existe el sentido jerárquico, donde queda sentado quién manda y quién obedece, donde entre las vigencias colectivas se encuentran valores trascendentes a los sujetos que obligan a éstos a girar en torno al concepto del honor, el honor que se liga con otro valor, el del ser que procura la autenticidad, es decir, la fidelidad a los valores superiores. Así uno puede no respetar y hasta abominar del Papa en turno, pero uno defiende a la institución papal; uno no aprueba al partido y al presidente que rigen en una sociedad pero defendería hasta la muerte su legitimidad y las instituciones que los hicieron posibles. Uno no tendrá oído musical pero no se le ocurriría decir que Juan Gabriel vale más que Manuel María Ponce, que un pintor de calendario más que Orozco, que Juan Manuel de Prada y Dostoievski son equivalentes. En las plazas de toros hay sol y hay sombra; un público de sol y uno de sombra; un juez o presidente del festejo cuya autoridad, se esté o no de acuerdo, torero y público tienen que acatar. Hay, en fin, un reglamento taurino que pone los límites para desde ellos alcanzar el infinito en la polémica y la reflexión; que pone, en fin, las bases y la preceptiva para el juicio.

El hecho es que si no hay fe no hay comunidad posible. Que si uno no está dispuesto a defender sus creencias porque de veras cree, uno es un represor irracional al que le tiembla la mano si la gente, la colectividad, o sea, todos y nadie le amenaza. Las sociedades se han mantenido firmes, por tanto, creativas y aun dominadas por un espíritu positivo, con una confianza básica ante la vida en la medida en que los seres humanos sabían en qué creían y creían en lo que decían que creían, reconocían lo que les era superior y no afirmaban, a rajatabla y sin pudor, una especie de derecho a la vulgaridad. Finalmente, si no se respeta al que manda no hay razón suficiente para obedecer ni para asumir, gozoso o resig-

nado, la propia inferioridad. Ésta es la crisis de nuestro tiempo, la razón de ser de no pocos terroristas en el mundo, ésos que han intuido que la posmodernidad atenta contra la Fe que da sentido a su existencia. La sociedad vacía de fe se traduce en una sociedad de “ganadores” y de “perdedores”, de insolentes y de resentidos, en una sociedad violenta desde la raíz que lleva, ¡ay!, a la instauración del reino de la policía.

Hay que concluir que el toreo es un arte de otro tiempo, cuando aún los hombres eran serios, graves y, paradójicamente, cuando podían reír. Cuando el sentido mismo de un orden jerárquico se ha perdido, el toreo está fuera de sitio y circunstancia. El torero o es un héroe o es un bufón y lidiar reses bravas, en esencia, no admite la bufonería. Pienso, sin embargo, que mientras existan seres humanos que vibren con el amor loco y total de Tristán e Isolda, que crean en el amor eterno y en la muerte por amor, no todo está perdido, para el toreo y para la sociedad. Habrá que proceder a una vuelta de tuerca en el andar del mundo. Lástima que el repertorio político, como el del torero es, también, limitado. Lo peor, me temo, está por venir. **U**



Ortega y Gasset en la Estación del Norte de París, 1939